

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

The Will to Meaning, por Victor E. Frankl, The World Publishing Company, New York y Cleveland, 1969.

En las últimas décadas ha habido un cambio significativo en la actitud hacia el concepto de persona, por una parte en la filosofía y, por la otra, en la psicología. En filosofía, donde se presentó el florecimiento anglosajón del personalismo, en las filosofías de Bosanquet y Royce, Bowne y Brightman, nos encontramos ahora con un desierto apenas salpicado por las trivialidades peculiares de los positivistas y los analistas que se apropian erróneamente de la noción de persona para “entidades que tienen tanto propiedades psicológicas como materiales”, ninguna de las cuales está lo suficientemente bien definida como para excluir a los seres no-humanos de la clase de las personas. Por otro lado, la psicología, que tuvo su apogeo en los días de Pavlov, Watson y otros experimentadores con animales, y de los reduccionistas de cualidades personales, como la de Freud al sexo o la de Adler al poder, despierta ahora a un nuevo cuadro, total y existencial, de la persona —y utiliza concepciones filosóficas como las de Heidegger, Scheler y Jaspers para su nueva visión y sus nuevas terapias. Aun cuando es más importante que aquellos que tratan realmente con personas en su práctica profesional tengan una visión correcta de la persona, a que la tengan algunos académicos teóricos de filosofía, no podemos decir que la degeneración del concepto en filosofía quede nivelada por su regeneración en psicología. Como se dijo hace poco, esta degeneración “disminuye nuestro vocabulario filosófico y au-

menta la posibilidad de que pasemos por alto la importante área de investigación a la que el término ‘persona’ está asociado de manera más natural” (Harry G. Frankfurt, “Freedom of the Will and the Concept of a Person”, *Journal of Philosophy*, 14 de enero de 1971). Los intentos de rescate en filosofía no han sido muy prometedores hasta ahora. Por lo tanto, recurrimos a un psiquiatra para que nos presente un concepto adecuado de persona. Su trabajo práctico, la logoterapia, tiene fundamentos axiológicos, en especial en Scheler, y lleva a la práctica psiquiátrica lo que Kierkegaard llamaba la “enfermedad hasta la muerte.” Su visión tiene la ventaja de que es más bien práctica clínica que teoría, y de que representa un aspecto del amplio campo de psiquiatría existencial que reconoce la patología y fisiología del yo, ignoradas tanto por la psiquiatría pasada como por la filosofía presente.

El libro en cuestión actualiza la teoría y práctica de la logoterapia presentada en la obra *Psicoanálisis y existencialismo* (Breviario 27, FCE) del mismo autor, cuyo original lleva el título de *Ärztliche Seelsorge (Cura médica de almas)* y que fue publicada en inglés con el nombre de *The Doctor and the Soul*. Ésta sigue siendo la obra fundamental del autor sobre el tema.

El Yo es una estructura caracterizada por tres conceptos: 1) libertad de la voluntad, 2) la voluntad de significado, 3) el significado de la vida. La enfermedad en el Yo se presenta cuando no puede encontrar un significado en sí mismo, cuando carece de sentido para sí mismo. La enfermedad es llamada por Frankl en

vacío existencial y constituye un reto para la psiquiatría. "Cada vez hay más pacientes que se quejan de un sentimiento de vacío y falta de significado, que a mi parecer se derivan de dos factores. A diferencia del animal, el instinto no dice al hombre lo que *debe* hacer. Con frecuencia ni siquiera sabe lo que básicamente desea hacer. En vez de ello, quiere hacer lo que otros hacen (conformismo) y hace lo que otros quieren que haga (totalitarismo)". La obra de Frankl muestra que a pesar del desmoronamiento de las tradiciones, la vida tiene un significado para cada individuo y que retiene este significado hasta su último aliento, literalmente, y en cualquier posible adversidad. De acuerdo con Frankl, el psiquiatra es quien muestra al paciente que la vida nunca deja de tener un significado. A pesar de que no puede mostrar a su paciente *cuál* es el significado, sí puede mostrarle *que hay* un significado y que la vida lo retiene. Sigue siendo significativa en cualquier condición. Aun los aspectos trágicos y negativos de la vida, como el sufrimiento inevitable, pueden ser convertidos en un logro humano por la actitud que un hombre adopte hacia su predicamento. "En una época en la que los diez mandamientos parecen haber perdido su validez incondicional para mucha gente, el hombre debe aprender a escuchar los diez mil mandamientos implícitos en las diez mil situaciones que forman su vida." En otras palabras, cada situación tiene su propio significado que surge, a la vez, del significado de la vida como un todo y se convierte en él.

El libro está dividido en dos partes, "Los fundamentos de la logoterapia" y "Aplicaciones de la logoterapia", con una introducción, "La situación de la psicoterapia y la posición de la logoterapia", y una conclusión, "Dimensiones

del significado". Toda la obra hace referencia a la filosofía, en especial, a la filosofía existencial y axiológica, y el autor considera la logoterapia como una aplicación práctica de la axiología de Scheler. Nos dice que la logoterapia es el resultado de una aplicación de los conceptos de Max Scheler a la psicoterapia (p. 10). Sin embargo, en realidad, la conexión con Scheler es algo posterior, ya que Frankl fundó su teoría y práctica en su propia experiencia de haber vencido los sufrimientos de los campos de concentración sin perder su fe en el significado de la vida y en el propio significado. Al aplicar su propia experiencia a personas incurablemente enfermas, se dio cuenta de que por medio de lo que llamó cura médica de almas podía dar a una persona la fortaleza y, con ello, la dignidad para enfrentarse al último predicamento. En el más amplio sentido posible, la logoterapia es un tratamiento de la actitud del paciente hacia su inmutable destino. Reinterpreta los términos freudianos, como represión y transferencia, en una dirección existencial. En el psicoanálisis, la represión es contrarrestada por una conciencia creciente, el material reprimido va haciéndose consciente. Libre de la ideología mecanicista del siglo XIX y visto a la luz de la filosofía existencial, esto significa que el psicoanálisis promueve la comprensión propia. De manera semejante, el concepto de transferencia puede ser refinado y purificado, al ser entendido como un vehículo hacia ese encuentro personal que se basa en la relación Yo/Tú. El enunciado de Freud, "donde es el *id* debería ser el *ego*", podría ampliarse diciendo, "donde es el *id* debería ser el *ego*; pero el *ego* sólo puede convertirse en *ego* a través de un *tú*".

La primera sección, "Implicaciones metaclínicas de la psicoterapia", se re-

fiere al concepto del hombre y a la filosofía de la vida que hay tras la psicoterapia. De los tres pilares en los que descansa el concepto del hombre de la logoterapia, el primero, *la libertad de la voluntad*, no significa una libertad con respecto a las condiciones, sino más bien libertad para tomar una postura en cualesquiera condiciones que puedan enfrentarse a la persona. La autorreflexividad del hombre, la dimensión noológica de su ser, pasadas por alto por la psiquiatría anterior, hacen posible que el hombre se separe de su propia situación. La verdadera libertad del hombre, dice Frankl de acuerdo con el espíritu de Epicteto, consiste en su capacidad de elegir su actitud hacia sí mismo. Epicteto decía que lo que podemos controlar no son los acontecimientos mismos, sino nuestra actitud hacia ellos. El hombre es libre para moldear su propio carácter, para darse su propio significado, y tiene la capacidad de trascenderse a sí mismo ya sea hacia otro ser humano o hacia algún significado. El amor es la capacidad que le permite apresar a otro ser humano en su unicidad. La conciencia es la capacidad que le permite apresar el significado de una situación en su unicidad. En último análisis —en axiología diríamos intrínsecamente—, el significado es algo único. Tanto el amor como la conciencia son capacidades intuitivas. El pecado del reduccionismo fue interpretar el amor como una mera sublimación del sexo y a la conciencia sólo en términos del superego. Pero la conciencia ha de oponerse precisamente, cuando hay necesidad, a esas convenciones y patrones, tradiciones y valores que son transmitidos por el superego.

Fueron Nicolai Hartmann y Max Scheler quienes trataron de superar filosóficamente el pecado del reduccionismo y asignaron a cada aspecto del mundo su

nivel particular. Frankl complementa su intento con lo que llama la *ontología dimensional*. Su primera ley es ésta: “Uno y el mismo fenómeno, proyectado fuera de sus dimensiones a otras inferiores a las suyas, es representado de tal modo que las imágenes individuales se contradicen unas a otras”. Por ejemplo, un cilindro puede ser proyectado sobre un plano ya sea como un círculo o como un triángulo. La segunda ley dice: “Fenómenos diferentes proyectados fuera de su propia dimensión a otra inferior a la de ellos son representados de tal modo que las imágenes son ambiguas.” Por ejemplo, un cilindro, un cono y una esfera se proyectan todos como un círculo. Así, cuando las diversas dimensiones del ser humano, la corporal, la mental y la espiritual, son proyectadas a una dimensión inferior, reducidas, se siguen contradicciones y ambigüedades en las estimaciones correspondientes. El conductismo de Watson, la reflexología de Pavlov, el psicoanálisis de Freud y la psicología de Adler no son tanto nulificados como salvados por la logoterapia con su estimación noológica o espiritual del ser humano autorreflexivo, quien es libre de encontrar su significado en esta autorreflexión. Los psiquiatras pueden ser capaces de atacar ciertas clases de neurosis psicógenas, pero no pueden atacar las somatógenas o noógenas. Estas últimas forman el campo de la logoterapia. Se originan en problemas espirituales, en conflictos morales o en un conflicto entre la verdadera conciencia y el mero superego.

Sin embargo, son más importantes esas neurosis noógenas que son resultado de la frustración de la *voluntad de significado*, el segundo pilar de la logoterapia. Se trata de frustraciones existenciales nacidas de un vacío existencial. En los niveles inferiores del análisis no podemos

distinguir si detrás de una neurosis hay un hipertiroidismo; un miedo a la castración o un vacío existencial, justo como de una sombra circular no podemos inferir si la arroja un cilindro, un cono o una esfera. Por ello, debemos abandonar la esfera psicológica, debemos dejar la patología, y buscar el *logos* del *pathos*, el significado del sufrimiento. Y lo que es verdad con respecto al diagnóstico es también verdad con respecto a la terapia. La pregunta no es *qué* es el hombre, sino *dónde* está el hombre, es decir, en qué dimensión ha de encontrarse la humanidad de un ser humano. Para la psiquiatría, Juana de Arco no era "más que" una esquizofrénica, pero en la dimensión noológica, y por su importancia teológica e histórica fue mucho más que eso.

La segunda sección de la primera parte trata de la Autotranscendencia. El hombre no es un sistema cerrado de acuerdo con un modelo homeostático. Tiene una orientación primaria o nativa hacia la creación y la valoración. Es un ser teleológico. Tanto el principio de placer freudiano como el principio de poder adleriano, y aun el principio de autorrealización de tantos filósofos y psiquiatras, no sólo va en contra de la naturaleza teleológica del hombre, sino que aparecen como una paradoja dentro de la cual se rompe en enfermedad. Ni el placer ni el poder son cosas que puedan ser perseguidas; se siguen del correcto desarrollo de un Yo que se esfuerza por alcanzar su meta. Con las palabras de la Biblia, nos son dadas por añadidura. Con palabras de Jaspers, lo que el hombre es lo llega a ser a través de la causa que hace suya. Tiene que darse un significado y encontrar este significado en algo fuera de sí mismo. En este sentido —podemos añadir a lo que dice Frankl—,

el hombre es un símbolo: mientras más significativo es, menos se impone su materia misma y más transparente es. Si no conozco la escritura árabe, pongo atención a sus rasgos y la veo como un ornamento; pero cuando conozco el lenguaje, no presto atención a los rasgos y sólo veo su significado. Así el hombre. El placer y el poder lo aumentan; pero si son perseguidos, el resultado es una atención excesiva que Frankl llama hiperintención e hiperreflexión, que muy posiblemente crean patrones neuróticos de conducta. Lo que es verdad con respecto al placer y al poder es también verdad con respecto a muchas otras metas, como la felicidad, que debe suceder, no puede ser perseguida, el éxito, la autorrealización y aun la salud. Todas estas cosas nos son añadidas si cumplimos un significado que está fuera de nosotros, en nuestra vocación, nuestra dedicación a una causa con la que nos identificamos. Todos éstos son los efectos, los resultados del cumplimiento del significado. Una preocupación excesiva por cualquiera de ellos puede ser rastreada hasta una frustración de la voluntad de significado. Así como el bumerang vuelve al cazador sólo cuando ha fallado su blanco, así el hombre sólo vuelve a sí mismo y se *absorbe* en la autorrealización sólo cuando ha fallado en su misión. Hablando en términos axiológicos, el Yo es un campo entre los polos ideal y real. "Yo soy yo" no es una identidad, sino una predicación o una relación de pertenencia a una clase. El yo que soy en este momento es un miembro, pertenece al concepto "Yo" que reúne todos mis momentos. El yo real y el ideal nunca podrán coincidir; y el significado consiste en la realización continua del Yo ideal por estados del yo real. Esta Autorrealización, más que autorrealización, sólo puede ser perseguida asintóticamente. Aquí la filosofía

de Frankl puede ser comparada con la filosofía fáustica. El placer, la felicidad, la autorrealización, la salud, aun las experiencias cumbre, todo ello pertenece al yo real, al yo más que al Yo; y el perseguirlos es autofrustrante. La gente que es incapaz de proponerse metas o que está muy mimada por una sociedad opulenta que nada exige, pierde su orientación hacia el significado y busca excitaciones y tensiones en las drogas, el sexo, la guerra y otros sustitutos del significado. Lo que el hombre necesita antes que nada es la tensión creada por la dirección. La orientación hacia el sentido promueve la salud y prolonga la vida, si es que no es un agente que preserva la vida. En las sociedades totalitarias hay metas propuestas, pero no libertad para elegir las. En la sociedad occidental hay libertad para elegir metas, pero la sociedad no propone ninguna. La cura sería combinar las tareas con la libertad. La libertad es un concepto negativo que debe ser completado por la responsabilidad.

Entonces, ¿qué se quiere decir con significado? Ésta es la pregunta de la tercera sección. Es la tensión entre el "yo soy" y el "yo debo ser", entre la realidad y el ideal, entre ser y significado. Dado que cada persona es única, cada significado de una persona, cada significado personal es único. No existe cosa tal como el significado universal de la vida, sino sólo los significados únicos de las situaciones individuales. Sin embargo, dice Frankl, hay también significados que son compartidos por los seres humanos más allá de una sociedad y a través de la historia. Estos significados más que estar relacionados con situaciones únicas, se refieren a la condición humana. Y son estos significados lo que entiende por valores. En consecuencia, define los valores como esos significados

universales que se cristalizan en las situaciones típicas a las que tiene que enfrentarse una sociedad o aun la humanidad. Tales valores pueden entrar en conflicto y producir neurosis noógenas, pero esto sólo es posible cuando la dimensión de valor misma y el orden jerárquico de valores son pasados por alto, es decir, sólo en su proyección a dimensiones inferiores. Hay un orden jerárquico de valores y éstos no pueden entrar en conflicto en el reino de los valores.

Lamentablemente, Frankl malinterpreta aquí tanto a Scheler como a la naturaleza del valor. Los valores no son de ninguna manera los significados universales. Éstos son valores muy bajos en la jerarquía existencial de los valores. Más bien, los significados únicos de cada situación y cada persona son los valores verdaderos, intrínsecos. Frankl dice correctamente que los teólogos no deberían meterse en psiquiatría y viceversa, pero esto es también verdad por lo que respecta a la axiología. Los psiquiatras no deberían meterse en la teoría de los valores y viceversa. Frankl construye en realidad mucho mejor axiológicamente de lo que cree. Sólo hay un significado para cada situación, dice, y éste es su verdadero significado. Es también su verdadero valor. El hombre es guiado por la conciencia en su búsqueda de significado. La conciencia podría definirse como la capacidad intuitiva del hombre para encontrar el significado de una situación. Dado que este significado es algo único, no cae bajo una ley general, y una capacidad intuitiva como la conciencia es el único medio de apoderarse de las *Gestalten* de significado (p. 63). La transformación de significados únicos en valores universales es, en opinión de Frankl, la causa de las revoluciones. El significado único de hoy es el valor universal de mañana. Sin embargo, con

la unicidad se pierde el valor intrínseco y el valor se convierte en una abstracción estéril y represiva, más que en algo creador e imaginativo. Esto es lo que Frankl no ve. Dice que en esta forma se crean las religiones y se desarrollan los valores, pero olvida que en esta forma, y a nombre de las religiones y otros valores sistémicos semejantes surgen guerras, torturas y otras perversiones colectivas. En el momento en que una fase creadora se fosiliza en un valor universal pierde su naturaleza de valor intrínseco. Aquí el argumento de Frankl contradice el significado existencial. Nos dice que los valores universales están desapareciendo en nuestro tiempo y considera que esto es la causa del vacío existencial, en especial en los Estados Unidos. Pero es al revés, la desaparición de los valores universales es un signo de un gran despertar existencial, y la sospecha sobre los valores universales un signo del despertar de muchas personas a su propio significado único. Los valores universales están desapareciendo porque son huecos. Y en vez de que cada persona se vuelva hacia su propio significado por la desaparición de los valores universales, lo que dispersa estos "valores", como nubes dispersadas por el viento, es la conciencia cada vez más despierta de cada persona. Es el "verdear" del mundo, de acuerdo con la frase de Charles Reich, que se abre paso entre la niebla de los valores universales. En los términos de Frankl, hablaríamos de un despertar de la conciencia. La plena capacidad de la conciencia es necesaria para que el hombre encuentre su significado único. Muchos hombres no tienen tal capacidad, por estar mimados por una sociedad sin tensiones y los valores universales de ella a los que simplemente podían conformarse. Estos valores universales intoxicaron a la humanidad, en especial antes de la primera Guerra

Mundial. Lo que tenemos ahora, frente a la amenaza nuclear y las irrupciones absurdas como la de Vietnam, es un despertar al vacío de los valores universales. Pero puesto que este despertar no es todavía universal, surge el vacío existencial en muchas personas de conciencia menos refinada, que no entienden lo que pasa y se sienten amenazadas por ello. El logoterapeuta no puede dar a una persona su significado particular, lo mismo que el psicoanalista freudiano no puede proporcionarle mujeres. Pero puede despertar en su paciente la necesidad de significado e inspirarlo para encontrar su propio significado particular espontáneamente. El logoterapeuta infunde, en un encuentro humano, en su paciente su propio y profundo significado por el poder del amor; ya que encontrar a otro ser único en la misma unicidad de su propio ser es amarlo. Esto resulta posible aun en la desesperación extrema del destino inexorable, la enfermedad mortal y el sufrimiento inevitable, que pueden ser transformados en logros significativos.

Se presenta ahora el tercer pilar de la tríada, *el significado de la vida*, que está compuesto por otra tríada, los valores de creación, de experiencia y de actitud. En realidad, la palabra "valor" es errónea aquí, ya que el valor fue definido como "significados universales que cristalizan en las situaciones típicas a las que tiene que enfrentarse una sociedad o aun la humanidad"; en tanto que lo que aquí se quiere decir es que un ser humano en su propia situación única puede elegir ciertos tipos de postura, *de creación* por lo que da al mundo, *de experiencia* por lo que toma del mundo en términos de encuentros y experiencias, y *de actitud* por lo que se refiere a la postura que toma hacia su predicamento en caso de tener que enfrentarse a un

destino que no puede cambiar. Lo que importa es la postura que tome. Esto es un valor en términos de la axiología pero no en los definidos por Frankl. Los valores de actitud están subdivididos en una tercera tríada, la actitud significativa hacia el *dolor*, la *culpa* y la *muerte*. Un ser humano, por la actitud misma que escoja, es capaz de encontrar y realizar un significado aun en la situación más desesperada. El hombre es como una cruz entre la extensión y la intensión, puede alcanzar en extensión desde el fracaso al éxito, y en intensión desde la desesperación hasta la realización. Los ejes están verticales uno con respecto al otro, puede haber desesperación a pesar del éxito y realización a pesar del fracaso. Desde las profundidades de la desesperación y la futilidad, un hombre puede ser capaz de formar para sí mismo una experiencia vital significativa y con sentido. Frankl menciona a un prisionero que esperaba ser ejecutado en la cámara de gas de la prisión estatal de San Quintín, donde Frankl le dio un significado en términos de su propia experiencia frente a otra cámara de gas. Hay en el libro muchos otros ejemplos de situaciones extremas en las que una persona, por la actitud que toma hacia ellas, supera la desesperación por el significado. Quisiera añadir un ejemplo tomado de Saint Exupéry, al principio del capítulo noveno de *Terre des hommes*: "Me había dado por perdido. Creí que me hundía en los abismos de la desesperación, pero sólo renuncié a fin de encontrar la paz. Es probable que el hombre tenga que experimentar tales horas a fin de encontrarse a sí mismo y convertirse en su propio amigo. Nada puede arrebatarse el sentimiento de realización... Y no olvidaré el calor que fluía hacia mi corazón, en mi vestido de estrellas, mientras yacía en la arena,

enterrado hasta el cuello y ahogándome lentamente de sed". Ningún otro análisis que no sea la logoterapia será adecuado en situaciones de desesperación y frente a la muerte y la tortura. Frankl ridiculiza con razón los informes psicoanalíticos de tales experiencias, por ejemplo, que las torturas impuestas en los campos de concentración tenían el significado inconsciente de la castración o que los sobrevivientes de la persecución nazi reprimieron su ira contra —sus padres asesinados. El significado del sufrimiento elude cualquier intento de comprenderlo a lo largo de las líneas de una interpretación puramente analítica y dinámica.

La segunda parte, "Aplicaciones de la logoterapia", trata primero del vacío existencial. En contra de las experiencias cumbre de Maslow, Frankl las llama experiencias-abismo. Es un fenómeno universal tanto en el Oriente como en el Occidente, en los llamados países comunistas y en los llamados países capitalistas. Sus manifestaciones principales son el aburrimiento y la apatía. Para contraatacarlos, tenemos que educar la conciencia de una persona y refinar la capacidad de un hombre para encontrar esos significados únicos que no resultan afectados por el desmoronamiento de los valores universales, mostrarle nuevas formas de experiencia significativa, en nuevas instituciones, como el Cuerpo de Paz en los Estados Unidos y las organizaciones correspondientes en otros países. Tales instituciones irán creciendo cada vez más del cuerpo de sus sociedades desmoronadas. La expresión intelectual del vacío existencial son hombres como Sartre y Camus; y de nuevo es significativo que Freud desdeñara la filosofía que para él no era otra cosa que una de las formas más decentes de sublimación de la sexualidad re-

primida. El vacío existencial se caracteriza por una huida del Yo que le permite evitar una confrontación con el vacío que hay dentro de él. En último análisis, el vacío existencial es una paradoja. Es no-hacer-uso de la propia libertad, o hacer uso de la propia libertad de no hacer uso de ella, al carecer de conciencia de la propia responsabilidad. Para quien siente esta responsabilidad, la humanidad está ahí para actuar y preocuparse por ella. No sólo el hombre individual, la humanidad misma es única. Frankl es "racista" en cuanto al individuo: "Prejuizo a cada individuo basándome en la 'raza' única que es representada sólo por él."

Las técnicas desarrolladas por Frankl, las técnicas logoterapéuticas, se basan en las capacidades del hombre para trascenderse y separarse de sí mismo. Las llama de-reflexión e intención paradójica. La primera contrarresta la persecución autofallida del placer y cosas similares, la hiperintención e hiperreflexión a metas que son tanto más inalcanzables cuando más se las busca; técnica semejante a la de Sócrates en la *República* y el *Gorgias*. La intención paradójica significa que el paciente es animado a hacer o desear que suceda justo aquello que teme. En consecuencia, el miedo patógeno es remplazado por un deseo paradójico. El resultado es que el paciente puede sufrir sólo ansiedad, pero no ansiedad por la ansiedad. En muchas fobias, el miedo a la situación de miedo es peor que la situación temida misma, y lo que se contrarresta es este miedo al miedo. Así se pide a un tartamudo que tartamudee y pronto ya no será capaz de hacerlo. No puede hacer conscientemente lo que se veía llevado a hacer inconscientemente. Lo que resulta afectado son los patrones e ideales del paciente, su pensamiento o, hablando de modo axio-

lógico, su patrón de valores. Es un tratamiento corto y ha resultado bueno. Al remplazar el miedo patógeno por un deseo paradójico, las velas quedan privadas del viento de la ansiedad anticipadora. Al mismo tiempo, se pide al paciente que se vea a sí mismo, de tal manera que sus capacidades de auto-trascendencia y autoseparación se movilicen, es decir, sus capacidades psicológicas. Cuando también éstas están sumergidas, como en las depresiones psicóticas, la intención paradójica está contraindicada.

Axiológicamente, la técnica de la intención paradójica es la técnica de superar el mal con el correspondiente bien, es decir, devaluar una situación de desvalor por medio de los valores inversos de la situación, como explicamos en el no. XII (1966) de *Diánoia* (pp. 259 s.). Así, si en una fobia el yo está intrínsecamente devaluado por una idea obsesiva, por ejemplo, de que no puede cruzar un espacio abierto, entonces esta *devaluación* intrínseca es *devaluada a su vez intrínsecamente* por la *valoración* intrínseca de esa idea, a saber, la idea de que uno quiere hacer, con todas sus fuerzas, lo que antes temía —la intención inversa [la fórmula axiológica es " $(U_V) \sqrt{U}$ ", donde U y V son dos valores diferentes]. Puede demostrarse que este procedimiento da como resultado un valor más alto. Frankl ve esto de modo intuitivo en lo que llama, como se llama en la axiología formal, la *técnica del denominador común*, en la que un valor superior supera los desvalores inferiores. Es en verdad el proceso de superar el mal por el bien. Frankl entra así, de modo intuitivo, en procedimientos valorativos complicados que dejan al descubierto las fórmulas de la axiología formal.

Una depresión noógena no debe ser

tomada jamás por psicógena. El autor muestra cómo puede tratarse con su técnica aun a pacientes esquizofrénicos, personas con un Yo dividido, que pueden ser llevadas a darse cuenta de sí mismas al adquirir conciencia de su propia unicidad y su valor espiritual, y de la unicidad y espiritualidad de aquello a que aspiran y que pueden lograr. Le parece sintomático que los psiquiatras analíticos encabezen las listas de suicidios en muchos países. Permanecen en los niveles inferiores de significado y por ello no son capaces ni de ayudar a sus pacientes ni a sí mismos. En los casos extremos, el médico debe realizar lo que Frankl llama la cura médica de almas, debe movilizar los recursos espirituales de la persona. De nuevo, tenemos que pensar en Sócrates. Lo que significa la logoterapia, nombre muy adecuado, es que una persona ayude a otra a encontrar su significado, su racionalidad, su logos, es decir, a sí mismo. Como se afirma que dijo un discípulo de Sócrates: "No me enseñó mucho, pero siempre que lo encuentro me hago un hombre mejor".

En la conclusión, "Las dimensiones del sentido", Frankl muestra que los significados humanos no son los más altos posibles. Así como el animal es incapaz de comprender al hombre, pero éste comprende en cierta medida al animal, así hay un poder tan más allá del hombre cuanto el hombre está más allá del animal, y que el hombre es incapaz de comprender —pero que comprende al hombre. Todo lo que necesitamos para hacer uso de este poder es tener fe en él, tener una confianza básica en un significado último que está transcendentamente más allá de nosotros. Así como el perro deja que el veterinario lo opere, calmándose mediante una mirada fiel a su amo, así nosotros debemos dejar que las vicisitu-

des de la vida nos operen mediante una mirada fiel hacia el significado trascendental. Por lo común, nos dice Frankl, la muerte es comparada al sueño. En realidad, debería comparársela con un despertar. Cuando menos esta comparación hace comprensible el que la muerte esté más allá de la comprensión. Pensemos en un padre amoroso que despierta tiernamente a su hijo con una caricia. El niño despertará con sobresalto, con miedo, porque en su mundo de sueños, en el que irrumpe la caricia, el significado adecuado de ella no puede concebirse. Así también, el hombre despierta de la vida a la muerte con miedo. Y si después de haber estado clínicamente muerto, se salva su vida es comprensible que no recuerde nada. El despierto recuerda sus sueños, pero el dormido no sabe que duerme. De nuevo, recordamos a Sócrates: "El filósofo está siempre buscando la muerte y muriendo". Tiene conciencia de un significado más alto que aquel que es capaz de apresar y tiene fe en este significado. En este sentido, la filosofía analítica es con respecto a la verdadera filosofía lo que la terapia analítica es con respecto a la logoterapia, una reducción de un nivel superior a uno inferior, con las correspondientes confusiones, ambigüedades y contradicciones. Es una expresión del vacío existencial en nuestro propio campo.

El vacío existencial mismo es lo que Kierkegaard llamó la *Enfermedad hasta la muerte* (en español *Tratado de la desesperación*). El libro de Kierkegaard lleva este subtítulo: "Una exposición psicológica cristiana para edificar y despertar". La logoterapia no es religiosa, pero lleva a la edificación y despertar del hombre a través de la psicología y la psiquiatría. Justo de la misma manera que en la culminación de la expo-

sición de Kierkegaard debe uno arriesgarse a dar el salto a la fe, así en la culminación del argumento de Frankl encontramos un significado absoluto, incondicional. Ni el sufrimiento ni la muerte pueden restarle nada. La fe incondicional en un significado incondicional puede convertir el fracaso completo en un triunfo heroico. El libro termina con las palabras de Habacuc: "La higuera no volverá a echar brotes, ni habrá qué recoger en las viñas. Fallará la cosecha del olivo, los campos no darán alimento, faltará el ganado menor en el aprisco, no habrá ganado mayor en los establos. ¡Mas yo en Yahvéh exultaré, jubilaré en el Dios de mi salvación!" Ésta, nos dice Frankl, es la lección que hay que sacar de su libro.

ROBERT S. HARTMAN

Dike: Nuevas perspectivas de la justicia clásica, por Manuel Moix Martínez, Prólogo de Federico Rodríguez y Rodríguez, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1969.

No se trata simplemente de un nuevo libro, por cierto muy bueno, sobre la justicia. Se trata de algo más, de muchas cosas más. Pero principalmente de dos cosas: una revisión cuidadosa, estricta, muy meditada, sobre las doctrinas clásicas acerca de la justicia: los precursores (Homero, Hesíodo, Solón, Anaximandro, Heráclito, los pitagóricos, los sofistas, Sócrates, los estoicos y los epicúreos), Platón, Aristóteles, y Tomás de Aquino, principalmente estos tres últimos.

Pero el nuevo aquilatamiento y la nueva evaluación de esas doctrinas clásicas,

efectuada sobre la base de un rigurosísimo análisis de los textos originales, no constituye la totalidad de este libro, pues la obra aquí reseñada tiene una segunda parte.

Esa segunda parte está constituida por una indagación preliminar sobre el significado y el alcance de la llamada "justicia social".

En las páginas dedicadas a los precursores, destacan unos notables análisis sobre textos de los pitagóricos. También, la síntesis del pensamiento de Sócrates: la justicia es el conjunto de las verdaderas leyes que rigen las relaciones entre los hombres, tanto de las leyes de esta o de la otra ciudad, como de las leyes no escritas, válidas para todos los pueblos; por lo cual, distingue entre lo justo legal y lo justo en sí. Lo que es legal en la ciudad es justo. Pero lo justo no se agota en lo legal. Por encima de la justicia humana existe una justicia natural y divina.

Respecto a Platón, el autor no cree que pueda afirmarse, como generalmente se hace, que la justicia consista en el equilibrio, orden, concordia o estética armonía; pues esto no es más que el efecto natural de la justicia, lo producido por la acción justa, pero no la justicia en sí misma. En un pasaje, de claridad meridiana, Platón atribuye la más perfecta concordia y armonía entre las diversas clases de la sociedad y entre las distintas partes del alma, no a la justicia, como se pretende, sino a la *sofrosyne*, a la templanza, que queda así definida como una de las cuatro virtudes cardinales o básicas tanto de la ciudad como del individuo. La justicia es, en cambio, la virtud suprema de la que brotan todas las demás virtudes especiales, y en la que todas las otras virtudes están contenidas. Pero Platón estudia la justicia no sólo como virtud gene-